

EL REGRESO DEL YETI: el pasado siempre vuelve

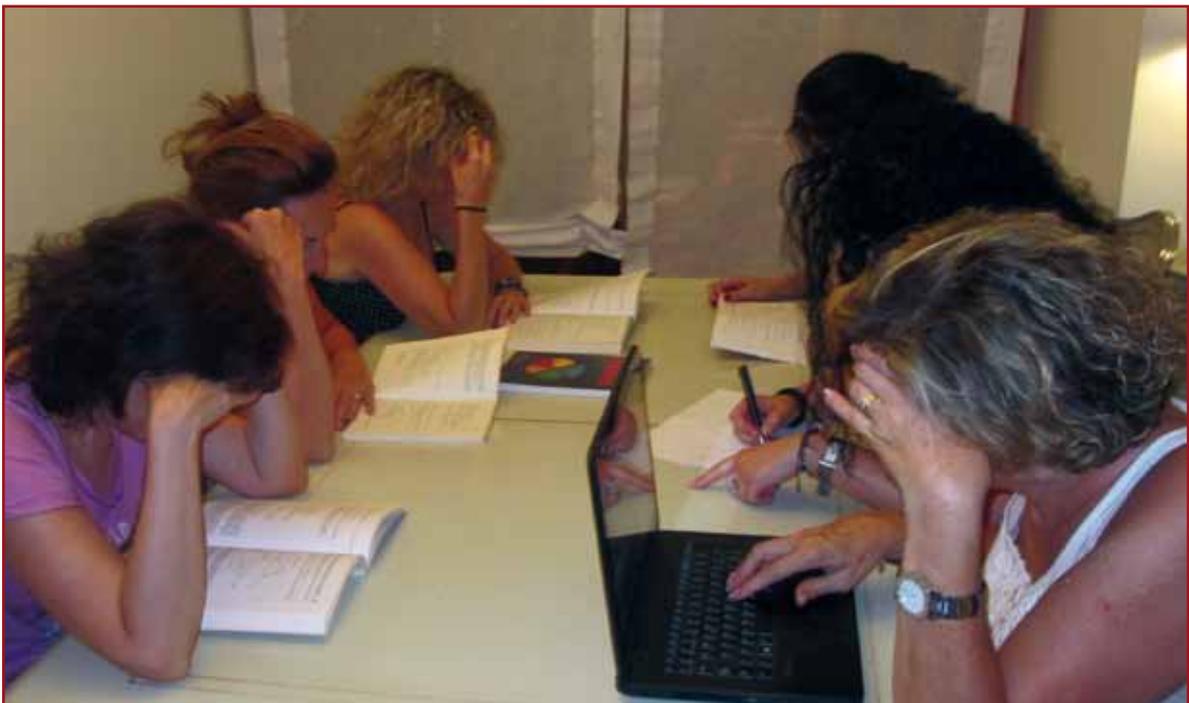
Siempre se dice que el mundo es un pañuelo... Quién no tiene historias personales que se le han quedado grabadas a fuego en el alma, en la memoria, y que nos han conformado en buena medida como lo que somos. Esas historias –en este caso, bibliotecarias– vuelven a repetirse y a veces ponen a cada uno en su sitio. Veamos cuáles son las historias que dejaron marcada a nuestra bibliotecaria más ocurrente, sincera y bailonga...

Querid@s compañer@s del metal, del vil metal: llevo días observando a mi señor “espeso” y esperando su reacción tras haberle clasificado como OSOario “Yeti” en el anterior artículo. Pensé que iba a pisarme el callo (en el más amplio sentido de la expresión) porque le llamé “Big foot”, que iba a hacerme un traje de raya diplomática ya que está dejándose las uñas largas (“¡Hazte la manicura francesa!” –le he dicho). O que iba a abrir el hocico para cantarme las cuarenta y minarme la moral. Pero ya lo sé yo: mi “espeso” es muy bocas. Pero sólo para lo que le interesa, que es roncar. Para el resto, ya se sabe, perro ladrador... Éste no puede con la Súper, le falta capacidad intelectual para acabar conmigo y para taparme la boca, en cualquier sentido.

Espero que no actúe a la chita callando, con nocturnidad y alevosía, dejando caer una almohada sobre mi dulce “jeta” para provocarme una apnea y morir

que una no puede ni “miccionar” (para ser fina) tranquila.

Y hablando de bocas, yo es que parece que los colecciono (a est@s individu@s). Con lo guapa que está la gente dándose un punto en la boca... pues hay quien no se calla ni debajo del agua. Y no me refiero a los usuarios de la biblioteca. Que también. Si parezco una cobra. Todo el día “¡Sssshh!” para que guarden silencio. No. No. Me refiero a aquellas personas que hablan de más y cuando nadie les pregunta, que es lo peor. Y, encima, para decirte de todo menos bonita. Eso sí, siempre desde el cariño y la admiración. Pues, mira, amores así yo no los quiero. Claro que, gracias a Dios, el pasado siempre vuelve. Y, paradojas de la vida, y teniendo en cuenta que el mundo es un pañuelo, sucede, a veces, que el pasado regresa, sí. Pero no para fastidiar, pues no es cierto que cualquier tiempo pasado fue mejor. El



como “La bestia durmiente” (continuación de “La bella...”), que es lo que tenía que haber hecho yo hace ya tiempo. Y así, muerto el perro, se acabó la rabia. En fin, que es mi sino: por el día aguantar a los OSOarios y por las noches al oso de mi espeso hibernando, y roncando... y no atreverme a callarles la boca a ninguno.

... Pero mira que me extraña que no me haya leído porque éste es de los que me sigue, como se dice ahora. Me sigue en Facebook, me sigue en Twitter y me sigue hasta al cuarto de baño, momento en que le doy con la puerta en las narices. Que hay que ver cómo se pone, oye, a lo Pedro Picapiedra. Vamos,

tiempo, como los usuarios, aunque te descoloca las carnes, los pelos de la cabeza, los libros y hasta el corazón, otras veces coloca las cosas en su sitio. Y no me refiero a mis pechotes, ni a los pelos que perdí, que eso ya es una batalla perdida, para mí y para Svenson. Sino a esas otras historias que han quedado grabadas en el alma y en la memoria y que nos han conformado en buena medida como lo que somos. Yo, una pobre de pelo y de bolsillo, pero no de espíritu. En mi caso, además, esas bocas abiertas cual buzones en fecha navideña, han tenido, casualmente, un mismo escenario o común denominador (que diría mi espeso): las bibliotecas.

“B”: con la “b” de ¡Bravo!

- La primera biblioteca que conocí fue la de casa de mis padres. Y, aunque no me recuerdo leyendo –todo eran tomos de enciclopedias o libros encuadernados en piel, nada atractivos a la vista de una niña– algún poso sí debieron dejarme las vistas de las estanterías desde el sofá del salón, y el amor que mis padres le profesaban a los libros y a la lectura... y el día en que mi amiguita, vecina e hija de un famoso peluquero de los 70, que jugaba a tirarme del pelo (y no porque hiciera prácticas de peluquería precisamente), me preguntó qué quería ser de mayor... y su respuesta, cuando le dije que quisiera (en mi imaginación era lo más parecido a una mini biblioteca infantil: cuentos, cómics, revistas...), riéndose y augurándome un futuro entre cutre y pobre, nada glamuroso y bien diferente al de ella: peluquera rica y famosa.
- Han pasado los años, hemos cambiado de lugar de residencia y hasta de color de pelo (ahora mi rubio es blanco y su moreno rubio). Pero el destino, que es muy caprichoso, ha querido que volviéramos a encontrarnos. O, más bien, que yo la encontrara a ella. Pues, según dice, estoy irreconocible (o sea, vieja). Un mostrador nos separa. Ella está a un lado y yo a otro. Yo prestando libros, periódicos y revistas... y ella imprimiendo, a diario, su currículum vitae (apenas medio folio) para ver si consigue salir del paro.

“O”: con la “o” de ¡Ole!

- La siguiente biblioteca que vieron mis ojos fue la del colegio. Y luego la del instituto. No sé cómo serían las de un colegio de pago. Las que yo conocí me producían cierta melancolía, ya que sólo las frecuentábamos los días de lluvia, que no podíamos salir al patio, o cuando nos castigaban. Pero lo peor no era la lluvia ni el castigo sino que las estanterías estaban prácticamente vacías, apenas sin libros para leer. De aquel entonces, no olvidaré tampoco el día en que la Srta. Teresa me envió para allá. Era la joven y recién estrenada profesora de Lengua y Literatura del instituto. Acababa de aprobar la oposición, o sea que sabía mucho, pero hablaba fatal. Del tipo *dijistesss*, en vez de *dijiste*, *contra más por cuanto más, cocreta, baja aba-*

*Paradojas de la vida, y
teniendo en cuenta que
el mundo es un pañuelo,
sucede, a veces, que el
pasado regresa, sí.*

jo y demás patadas al diccionario que a mí me ponían mala (hay conocimientos que no los da una carrera sino la cuna o la lectura). Un día nos mandó hacer una redacción de tema libre. Acabábamos de leer *El Lazarillo*. Yo a conciencia. Me encanta la picaresca, el castellano antiguo, las formas literarias, etc. Así que se me ocurrió hacer un nuevo capítulo, plagiando el estilo de la obra maestra. Al corregirlo me preguntó que quién me lo había escrito. Cuando le dije que yo, me contestó con un “¡Vesss (en vez de ve) a tomarle el pelo a tu padre! (me sentó muy mal porque, además, mi padre era calvo). Y ahora baja abajo y vete (me preguntó por qué no diría veste) a la biblioteca a reflexionar”. Me pasé toda la tarde allí. No tenía nada que reflexionar, ni nada para leer. Así que comencé a escribir, a volcar mis sentimientos sobre un papel en blanco. Al terminar quise dárselo. Pero pensé: no está hecha la miel para la boca del asno. Han pasado los años. ¡Y cómo es la vida! La biblioteca, aquel espacio que nos separó, vuelve a unirnos. Esta vez en la mía, a través del club de escritura que doy a los usuarios y entre los que se encuentra ella.



“C”: con la “c” de “¡Caramba!”

- Ya en la universidad disfruté de lo que más se parece a una biblioteca propiamente dicha. Cuando no bailaba, frecuentaba la de mi facultad, la de mis amigas, la de mi novio y la de mi hermana. Eran los únicos lugares en que lograba abstraerme de la música de las clases, de los pasos de baile de mis alumnas, de los juegos de mis hermanos pequeños, de la nevera de casa, de la televisión. Un espacio, cuyo silencio, los pies sigilosos de los estudiantes deslizándose por el suelo y los codos clavados sobre las mesas, me invitaban a concentrarme en el estudio. Sin embargo, una tarde, ese momento se vio interrumpido cuando, una amiga (sin haberle pedido opinión y, presuponiendo, desde el respeto y el cariño, que no la admiración), me dijo que yo nunca llegaría a ser nadie en la vida. Aquel comentario se me quedó grabado a fuego. Guardé silencio. Hoy nos encontramos todos los días en la biblioteca. Ella hace mi misma jornada. Yo trabajando y ella opositando, no sé si a juez o a notario. Al cerrar las instalaciones, todas las tardes se va a cantar la lección a su preparador. Yo me voy a cantar mis clases de baile.

“A”: con la “a” de “¡Anda!

- Y para finalizar contaré que también tuve por jefe a un concejal que, no creyendo en mí, y transcurridos los 4 años de legislatura, hoy se pasea por la hemeroteca para buscar empleo en los periódicos. A veces me dejo caer por ahí, canturreando a lo Marta Sánchez, aquello de “¡Soy yoooo, la que sigue aquí, soy yoooo, y te lo digo a ti!” (¡ajaja).

“S”: con la “s” de “Susana”

- Pues sí, con la “s” de Susana y con la “s” de “Soy yo la que está aquí”... colocando libros, colocando los pies para dibujar pasos de baile y hasta colocando las palabras



para que lo que escribo suene mejor... suscribo y firmo lo dicho, dedicándoselo a todas aquellas BOCAS que no creyeron en mí, fueron OSAdas (siempre igual) y se perdieron mi talento (¡ajaja), dando las gracias al tiempo por colocar, calladamente, las cosas en su sitio.

¡BOCAS!

Con la misma osadía (¡anda que no da vueltas la vida!), se despide

Susana

P.D.: acabo de recibir un wssp de mi espeso: “Ye t’amo”.

P.S.: al llegar a casa, en el cuarto de baño, estaba la revista *Mi biblioteca*. ¡Se ha suscrito! ¡Y ha leído mi artículo! E intuyo que le ha gustado porque él no es muy dado a decirme que me ama. Aunque, pensándolo y leyéndolo bien, (“Ye t”) quizá me lo ha dicho con acritud. Además, faltan las páginas de mi artículo. ¡Las ha arrancado! Y estando junto al Sr. Roca prefiero no pensar qué ha hecho con ellas. En fin, que el pasado siempre vuelve. Hay veces que para colocar las cosas en su sitio y otras para dejarnos descolocados. ▲